

**Anna Maria
Guasch**

RECORDANDO A JUAN ANTONIO RAMÍREZ

Juan Antonio Ramírez (1948-2009) fue uno de los historiadores con mayor prestigio y reconocimiento no sólo en nuestro panorama nacional sino, de manera excepcional, en el internacional. Y digo, excepcional, pues no es moneda común entre nuestra profesión tener importantes libros traducidos al inglés como, entre otros, *Duchamp Love and Death, Even* (Londres, 1998), *The Beehive Metaphor. From Gaudí to Le Corbusier* (Londres, 2000) o *Architecture for the Screen* (Carolina del Norte, 2004), títulos tan dispares a través de los que el profesor Ramírez reivindicó, un tanto a contracorriente, su condición de “historiador generalista”.

Sin lugar a dudas su mayor legado a la historia del arte, aparte de su dedicación a la docencia y a la formación de futuros investigadores, y de su compromiso con diversas causas vinculadas el “oficio” de historiador del arte, han sido sus publicaciones. Más de 40 libros desde que en 1975 publicara su primer trabajo y, entre ellos, 10 traducidos en distintos idiomas, hacen de él uno de los historiadores del arte, pero también crítico de arte, ensayista, poeta, novelista y fabulador más leídos y consultados.

¿Cómo definir este trabajo ingente del inesperadamente desaparecido Juan Antonio? Curiosidad intelectual, precisión, ironía, ingenio, lucidez, imaginación, escritura fluida. Y siempre haciendo alarde de una máxima erudición no tanto la propia del historiador positivista y amante del dato, sino más la derivada de un pensamiento curioso que conoce, sabe, experimenta, cita de memoria y contextualiza con ingenio y brillantez. Erudición que explica el perfil de historiador no excesivamente canónico, e incluso en ocasiones algo díscolo que, descontento del carácter a veces demasiado cerrado de la “disciplina humanística” de la historia del arte, la liberó de toda fórmula reductora tanto en lo que sería pura iconología, estricta sociología o riguroso formalismo.

Es esta “erudición natural” la que explicaría también la fluidez de los múltiples “asuntos” (a él le gustaba mucho emplear esta palabra) o argumentos discursivos que invaden su amplísima producción bibliográfica. Una fluidez por la que los argumentos aparecían muy bien trabados desde un preciso relato historiado dando una y otra vez prueba de su pulsión literaria, en algunas ocasiones próxima a la novela, otras a la poesía o al ensayo.

Quizás lo más interesante del trabajo crítico e historiográfico de Ramírez es cómo conectaba los macro-períodos en una visión cercana a la “historia de tiempos largos” con la mirada “caliente y corta” del crítico de arte. Esta “aporía” es la que da todo su valor a trabajo: este situarse a mitad camino entre la historia larga y el tiempo corto, así como su muy “sui generis” manera de conectar el discurso textual, metafórico en muchos casos, con las imágenes buscando siempre la verdad, la transparencia, la “indexicalidad” de la imagen visual como testimonio de la textual. Todos los textos de Juan Antonio Ramírez son un desafío a la historia del arte convencional, pero no desde la interdisciplinariedad que supondría un desplazamiento hacia los Estudios Visuales o Culturales sino desde la especificidad de la Historia del Arte, desde su espina dorsal, desde sus mismos protocolos.

Un amigo común, el historiador del arte británico John Onions, se preguntaba por qué el profesor Ramírez había dejado de lado la “gran historia del arte”, la del Renacimiento y Barroco, que les había unido en el Instituto Warburg de Londres, por la contemporaneidad. Y si bien es cierto que en los últimos años Juan

Antonio se había volcado en el arte más contemporáneo lo cierto es que en su último libro *El objeto y el aura* “retorna” a esa “gran historia del arte” de la que hablaba el profesor Onions y, en concreto, al momento fundacional de la modernidad en el Renacimiento para, a partir de algunos de sus aspectos más paradigmáticos (el espacio renacentista, el punto de vista único), iniciar un recorrido genealógico que avanza por las primeras vanguardias del siglo XX y llega hasta el momento actual.

Bajo este rostro de historiador, de investigador y de erudito no podemos dejar de eludir su condición de pensador, de humanista, de curioso, de ciudadano del mundo, de *flâneur*, y también de personaje comprometido con su sociedad y de modelo ético. De la misma manera que escribió Allan Kaprow respecto al proyecto inacabado de Pollock con motivo del fallecimiento prematuro del pintor (como es prematura la desaparición de Juan Antonio), también pensamos que Juan Antonio Ramírez nos ha dejado un proyecto por acabar y espero que los que compartíamos sus ideas, los que nos sentíamos cercanos a su compromiso, los que leíamos ávidamente sus “historias” del arte, los que nos deleitábamos escuchando su verbo, y los que tuvimos la inmensa fortuna de disfrutar de su amistad y generosidad, tengamos la lucidez, el coraje y la suficiente fuerza moral para concluirlo.

Es a este historiador al que todavía le quedaban tantos asuntos por contar, enseñar y comunicar al que queremos reconocer nuestra gratitud públicamente y queremos hacerlo a través de este modesto homenaje y más concreto, en la palabra y el pensamiento de los que fueron algunos de sus discípulos, colegas y amigos: Rafael Jackson, David Moriente, Julián Díaz Sánchez y Carlos Rejero.